

La ciudad de México en 1950

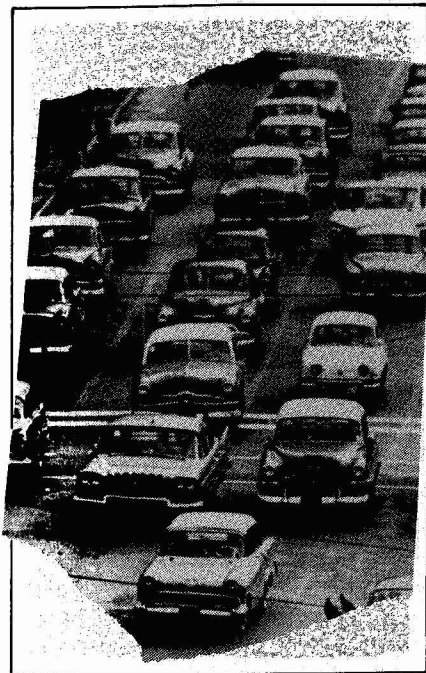
Abelardo Villegas

1. ¿Qué situación guardaba la fotografía mexicana en el año de 1950?

En aquellos años se comentaba todavía el éxito que habían tenido Gabriel Figueroa y Alex Philips en la fotografía de varias buenas películas mexicanas. Sobre todo eran famosos los paisajes de Figueroa en las películas fotografiadas en blanco y negro: extensas planicies, nubes blancas y a lo lejos la figura de un jinete. Sin embargo, la fotografía de Gabriel Figueroa también era muy buena cuando la película era de ambiente urbano. Todo mundo recuerda *Salón México* con sus ficheras, sus pistas de baile y luego, si no me equivoco, unas espléndidas vistas del puente de Noaoalco. Esta virtud de las películas mexicanas desapareció con la fotografía a color. Todavía ahora en las películas mexicanas a color resulta muy difícil encontrar equivalentes a lo que se hizo en las décadas del 40 y del 50.

2. ¿Cómo y dónde se desarrollaba la vida cultural capitalina al comienzo de la década de los cincuenta?

La vida cultural de México se desarrollaba principalmente en donde es hoy el Centro Histórico. Al principio de la década, la Universidad Nacional ocupaba sus añosos edificios como el de San Ildefonso, el de Medicina, el de Minería y otros más un poco menos antiguos. La Universidad, entonces como ahora, era un foco de cultura. Pero también ahí se encontraba el Palacio de Bellas Artes, donde se podía escuchar música, ver



exposiciones y asistir a funciones de teatro. En Luis González Obregón se encontraba y se encuentra todavía la sede de El Colegio Nacional, donde yo tuve oportunidad de escuchar series de conferencias muy interesantes de Diego Rivera, José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Mariano Azuela y Enrique González Martínez. Fiel a su principio de que la pintura no se platica, José Clemente Orozco no daba conferencias pero sí presentaba exposiciones. A mí me tocó ver lo último de Orozco, bocetos y ensayos de lo que sería su mural en la Normal de Maestros. En esta obra Orozco transitaba a otro tipo de pintura muy diferente de la que acostumbraba. Por cierto no sé cuál ha sido el destino de este mural. También al principio de la década del 50 el auge del teatro se inició en un pequeño teatro que estaba en la calle de Donceles. Se llamaba El

Caracol. Si no me equivoco fue el primero de los pequeños teatros con menos de cien butacas y fue célebre una temporada en la que se presentó *El niño y la niebla* de Rodolfo Usigli. En aquellos años, Salvador Novo era jefe del departamento de teatro del INBA y él fue el responsable del moderno auge de los autores mexicanos jóvenes de aquella época. Las presentaciones de *Rosalba* y *los Llaveros* de Emilio Carballido y de *Los signos del Zodíaco* de Sergio Magaña hicieron época. En tanto el director japonés Seki Sano hacía una temporada memorable en el Teatro Iris (hoy de la ciudad de México) con la presentación de *Un tranvía llamado deseo*, pieza en la cual adquirieron fama Wolf Rubinskis y María Douglas. En cuanto al cine, al terminar la Segunda Guerra Mundial nuestras pantallas se enriquecieron con la llegada de las películas europeas, sobre todo inglesas y francesas que se exhibían particularmente en un cine que originalmente se llamó Trans-lux Prado.

3. ¿Qué recuerdos personales guarda usted de la ciudad de México de los años cincuenta?

La ciudad de México ha sido la ciudad de toda mi vida, en aquellos años era pequeña y yo la conocía toda. También era medio sórdida y sucia. Pero el 50 fue la década del regente de hierro, o sea de Ernesto Uruchurtu, que la limpió, la ordenó, la planificó, aunque fuera muy a la mexicana, con métodos muy arbitrarios. Fue un breve paréntesis, puesto que doce años son pocos en el proceso que nos ha llevado a lo que vivimos ahora. ◇



José Luis Martínez

1. ¿Qué situación guardaba la literatura mexicana en el año de 1950?

Alfonso Reyes y Antonio Castro Leal eran los críticos literarios más importantes. Don Alfonso publicaba por aquellos años sus estudios sobre teoría literaria y sobre temas clásicos. En 1951 sufrió el primer ataque grave de sus dolencias cardíacas. Por ello, los últimos años de su vida y de su obra, de 1951 a 1959, serán los de la cosecha final.

Castro Leal dirigía por entonces la Colección de Escritores Mexicanos, de la Editorial Porrúa, y sus ediciones y prólogos eran importantes.

Yo mismo me iniciaba por estos años en la historia literaria, y en 1949-1950 la Antigua Librería Robredo, de José Porrúa, me publicó los dos tomos de *Literatura mexicana. Siglo XX*. En 1950 y 1951, además, escribía semanalmente, en la revista *Voz*, que dirigía Miguel Alemán Velasco, crónicas sobre la vida literaria de la época.

2. ¿Cómo y dónde se desarrollaba la

vida cultural capitalina al comienzo de la década de los cincuenta?

En aquellos años, la Universidad Nacional se encontraba aún en el centro de la ciudad. Yo daba clases en la Escuela Nacional Preparatoria, en San Ildefonso, y por las tardes iba a la Facultad de Filosofía y Letras, que de la calle de Licenciado Verdad se pasó a Mascaraones, en San Cosme. Además, era Secretario Administrador de El Colegio Nacional. Después de mis clases de la Prepa solía ir a las librerías de Porrúa, a la Robredo y a las de viejo del rumbo. También por el centro, se encontraba la oficina de la Secretaría de Economía, donde trabajaban Ali Chumacero, Gilberto Owen y Antonio Magaña Esquivel, y seguido iba a buscar a los dos primeros para tomar la copa y conversar. En la Navidad de 1950 murió Xavier Villarrutia, a quien quise y admiré mucho. Al sepultarlo en el cementerio del Tepeyac, donde también yace "El Nigromante", Pita Amor leyó la *Décima muerte*.

Creo que por 1950 ya no íbamos al Café París, por las tardes, ni al Club

Leda los sábados por la noche. La publicación literaria más importante de aquellos años era *México en la Cultura*, suplemento dominical de *Novedades*, que dirigía (1949-1961) Fernando Benítez, con notables diseños tipográficos de Miguel Prieto y de Vicente Rojo.

3. ¿Qué recuerdos personales guarda usted de la ciudad de México de los años cincuenta?

Por estos años yo vivía en la Colonia Roma y me movía fácilmente al centro de la ciudad o a San Cosme. Aún había espacio disponible y nada era problema. Veía mucho a mis amigos Ali Chumacero, Jorge González Durán, Octavio Barrera, Andrés Henestrosa, Paco Giner de los Ríos y Joaquín Díez Canedo. Visitaba a menudo a los Peláez, Paco y Carmen. Octavio Paz se había ido a los Estados Unidos. Los domingos salía, con Pepe mi hijo y amigos, a excursionar por los alrededores de la ciudad. A fines de año solía ir a Acapulco. Mis ingresos, que eran los muy modestos de mis clases y de la secretaría de El colegio, me bastaban para mi sustento y para los libros y las cenas. ◇

Gabriel Figueroa

1. ¿Qué situación guardaba la cinematografía mexicana en el año de 1950?

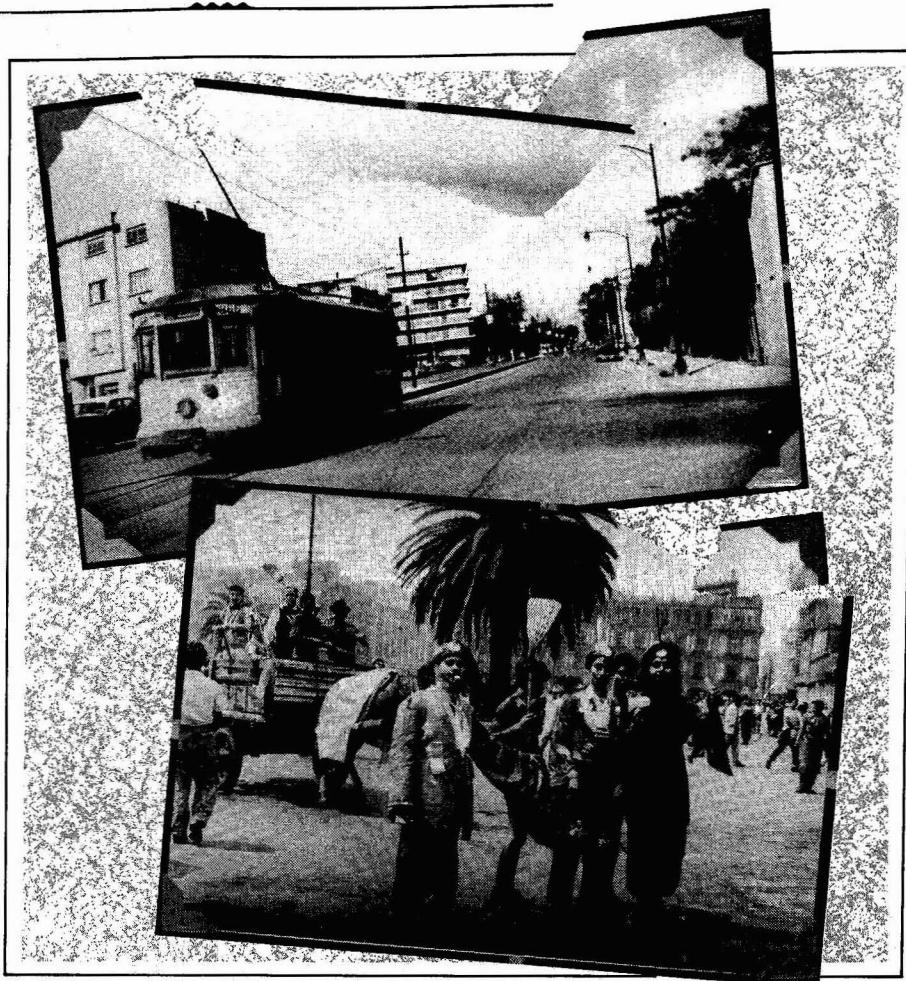
En 1950, *Los olvidados* de Luis Buñuel dio una mayor estatura al cine mexicano... poco antes habíamos realizado de Emilio Fernández *María Candelaria*, *Enamorada*, *La Perla*, de John Steinbeck, *Río Escondido*, *Pueblerina*... Era su mejor momento.

2. ¿Cómo y dónde se desarrollaba la vida cultural capitalina al comienzo de la década de los cincuenta?

Había una gran cordialidad, todos los artistas éramos amigos... asistíamos a las conferencias de la mayor parte de éstos... Los pintores, Diego Rivera, José Clemente Orozco, Siqueiros, Dr. Atl, Montenegro, Rodríguez Lozano... Los arquitectos Luis Barragán, Mario Pani, Matías Goeritz, Candela, Sor-do Madaleno... Los músicos, Carlos Chávez, Moncayo, Mabarak... Los poetas, Carlos Pellicer, Xavier Villaurrutia, Salvador Novo, Torres Bodet, Jorge Cuesta.

3. ¿Qué recuerdos personales guarda usted de la ciudad de México de los años cincuenta?

La ciudad de México era una maravilla.... La ciudad más transparente, toda llena de verdes áreas, muy hermosa ciudad, con sus cielos con nubes, las más hermosas del mundo, era para mí un placer fotografiar estos cielos de tormenta, algunos otros cúmulos y en general nubes... nubes... nubes. ◇



Carlos Monsiváis

1. ¿Qué situación guardaba el teatro mexicano en el año de 1950?

En 1950 yo cursaba el primer año de secundaria, por lo que mis recuerdos teatrales se concentran en dos puestas en escena en Bellas Artes (*Astucia* y *Don Quijote*), algunas idas familiares al teatro de revista, y la noción difusa de que el teatro era un cine sin prestigio ni gritos oportunos. Luego me enteré de lo fundamental: 1950 fue un año de transición (como todos), en un periodo en que el actor significaba mucho más que el director.

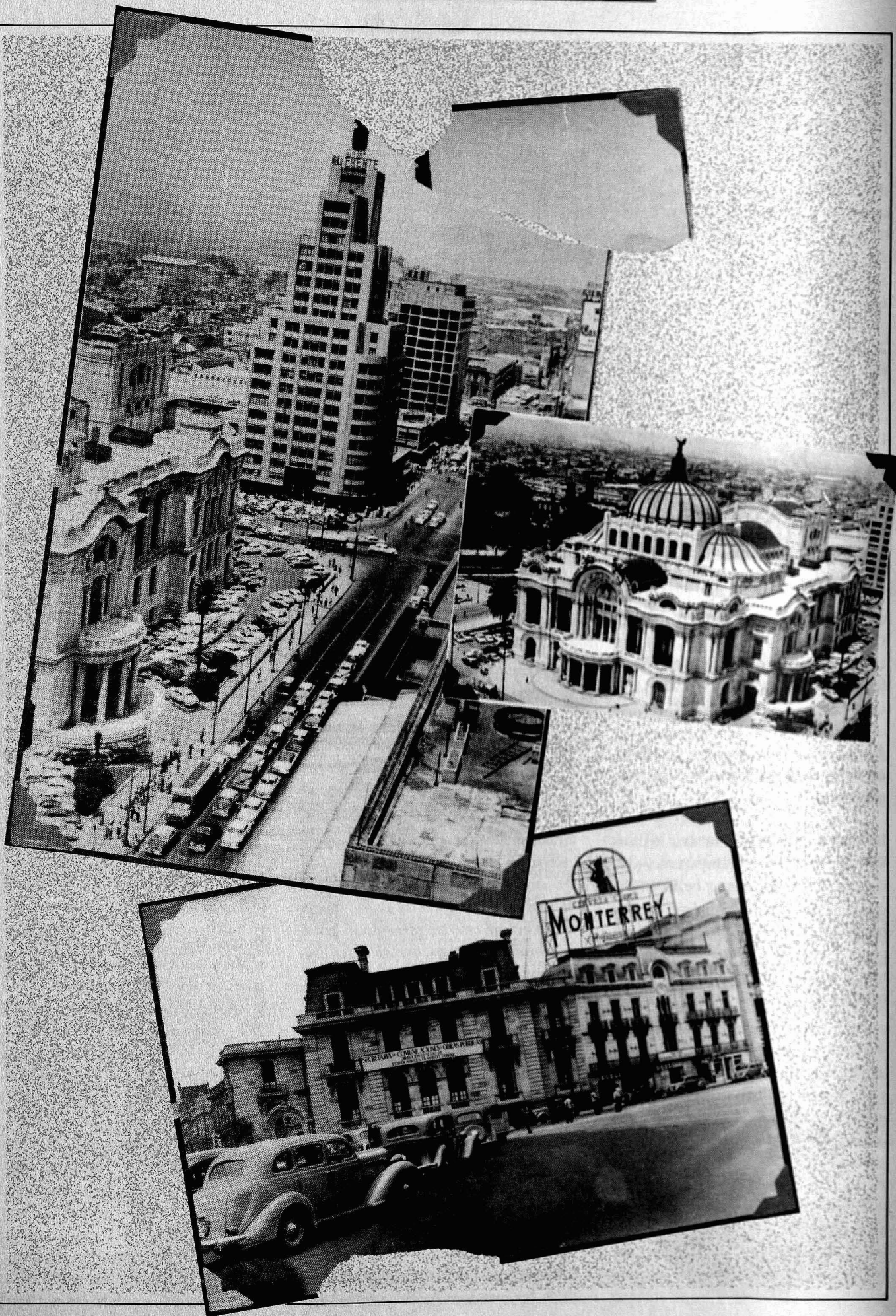
2. ¿Cómo y dónde se desarrollaba la vida cultural capitalina al comienzo de la década de los cincuenta?

En el Centro (histórico) desde luego. Allí estaban la Universidad, las grandes librerías (Porrúa, Robredo), los cafés donde los intelectuales se consolaban presintiendo la existencia de las telenovelas, las instituciones del *Establishment*

(El Colegio Nacional, la Academia de la Lengua) y el Palacio de Bellas Artes. De esta "geografía del intelecto" sólo se exceptuaban algunos teatros. El traslado a Ciudad Universitaria en 1954 modificó radicalmente las disposiciones de la Ciudad letrada.

3. ¿Qué recuerdos personales guarda usted de la ciudad de México de los años cincuenta?

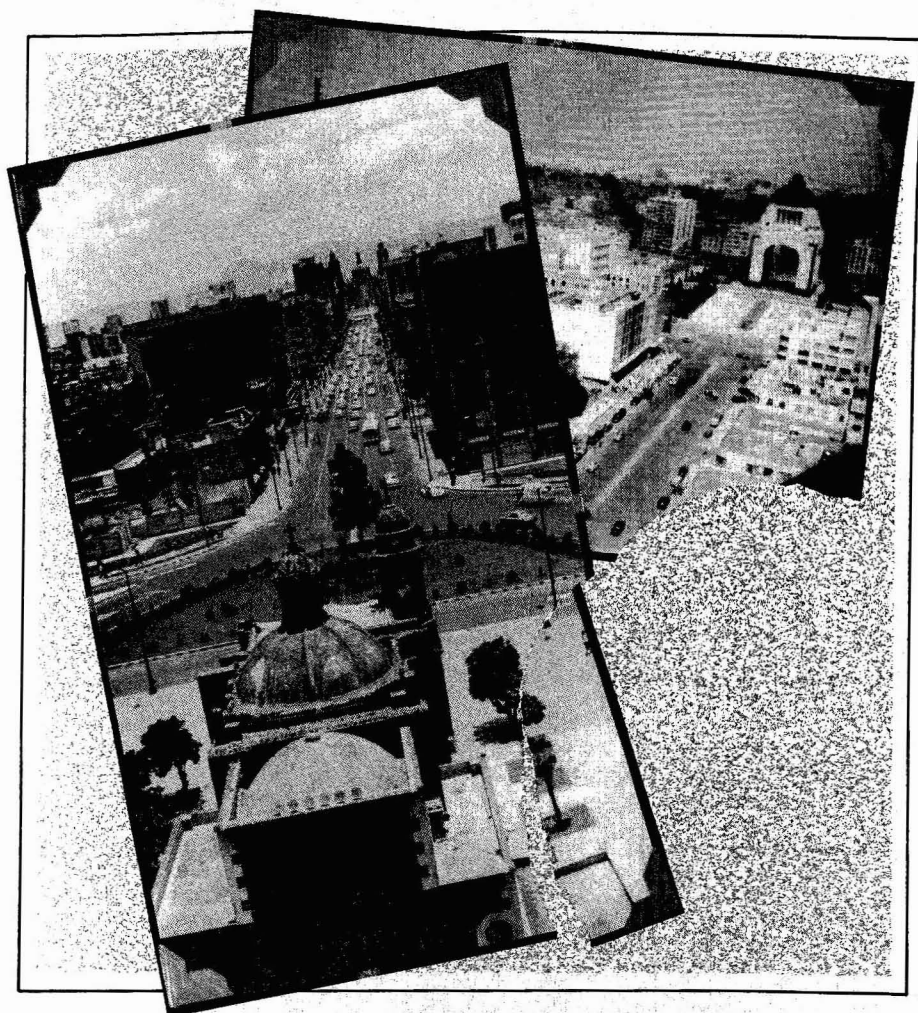
Para mí la ciudad —lo viví entonces y lo sé ahora— era la fabulosa y entretenidísima red de conferencias (¡Diego Rivera y Alfonso Reyes en el Colegio Nacional!), obras de teatro, cine-clubes, bibliotecas (la benemérita Benjamin Franklin, la Nacional), recorridos de Ciudad Universitaria a Bellas Artes, cafés donde se hablaba de revolución y literatura, arenas donde ocurría la apoteosis del Santo y el Cavernario Galindo, el cine Estrella donde pasaban los *musicales* de la MGM, manifestaciones anti-imperialistas y anti-gubernamentales donde los de siempre protestábamos contra el poder, que nos ignoraba así nos reprimiera... y *last but not least*,



como se decía en los cincuenta, la ciudad fue para mí la gran oportunidad de pasarme ante mi asombro y mi fascinación por la Vida Nocturna (las mayúsculas son de agradecimiento). A lo que hoy es leyenda museológica íbamos con actitud de novicios: al Salón México que expiraba, al Teatro Margo donde Pérez Prado auguraba genialmente la salsa y el tecnopop, a Las Veladoras que nos hacía sentirnos bohemios, a la Casa de la Bandida donde numerosos poetas (que nunca se aceptaron como tales) canonizaban a la putas, al Burro y el Smyrna, al Tenampa (quizás el sitio más deslumbrante de la época, un mural a lo Diego Rivera musicalizado por José Alfredo Jiménez y María Luisa Landín), y los sitios heterodoxos: Los Eloínes, el bar de los formidables Wencho Mont y Gaby Orendáin, frente a la Arena Coliseo, donde arquetípicamente se mezclaban el esmoquin y el overol, y en donde vi por vez primera un cuadro de Carlos Mérida, y al Eco, un sitio que hoy calificaríamos de post-moderno, con sus distintos niveles de proclividades.

Uruchurtu, en su celo represivo, y tal vez para matar los rumores sobre su persona acrecentando las prohibiciones, liquidó con ordenanzas y *razzias* esa ciudad genial, orgiástica hasta donde se podía, literaria a fondo, solidaria y aún confiable. Y luego tomó el mando la televisión.

Como suele acontecer, el único problema es que sólo veinte años más tarde me enteré con detalle de todo lo que me había divertido en el Distrito Federal, en una década que entonces me pareció el vivo retrato del presidente Adolfo Ruiz Cortines: austera, arcaica, respetuosa, aburridísima. ◇



Sergio Fernández

1. ¿Qué situación guardaba la narrativa mexicana en el año de 1950?

En el año cincuenta yo estaba en Madrid, sitio en el que trabajé, con una beca del Instituto de Cultura Hispánica, hasta el 51 incluido. No es difícil decir, sin embargo, que el radio de acción de la cultura mexicana se centró —años antes y años después— en Alfonso Reyes, considerado el máximo escritor de narrativa entre nosotros, subrayado que se hizo cuando en 1952 se publicó su *Obra poética*. Sus viajes, sus amistades, la necesidad de publicar todo lo que escribía lo sostuvieron en la cima más allá de lo necesario. Gente hubo que, echando por la borda lo suyo (el caso de Mejía Sánchez) consagró a Reyes su vida. Está bien, pero es exagerado. Torri era un buen escritor, marginado u opacado tanto por su timidez personal como por Reyes. En el 50 hay dos hechos imposibles de no recordar: la muerte de Xavier Villaurrutia y la publicación de los *Sonetos* de Carlos Pellicer.

Por su parte Agustín Yáñez llenó la pantalla de la época pues ya tres años antes, con la publicación de *Al filo del agua*, la novela se consideró el evento cultural más importante que aún cargaba a costas con los esquejes de la narrativa de la Revolución. A él los jóvenes de entonces lo leímos con pasión aun cuando sus posteriores publicaciones hicieron de él un escritor mediano. Todo ello, aunado a la sequedad de su carácter y a su vocación política, acabaron por destruir un mito que apenas empezaba a crecer. Es posible que ahora vuelva a considerársele como un narrador de prestigio.

Si a ello se le agrega la aparición de Arreola y Rulfo (José Revueltas siempre fue un fantasma, injustamente, como lo es hoy día), el vuelco de la literatura fue de tal manera evidente como el talento de los dos escritores mencionados. Pero nuestra cultura también era heredera de la batalla que, ya desde la aparición de la revista *Contemporáneos* (1928-32) los de su grupo dieron en contra de una literatura de carácter *nacionalista*, enemiga de lo que no fuera un machismo

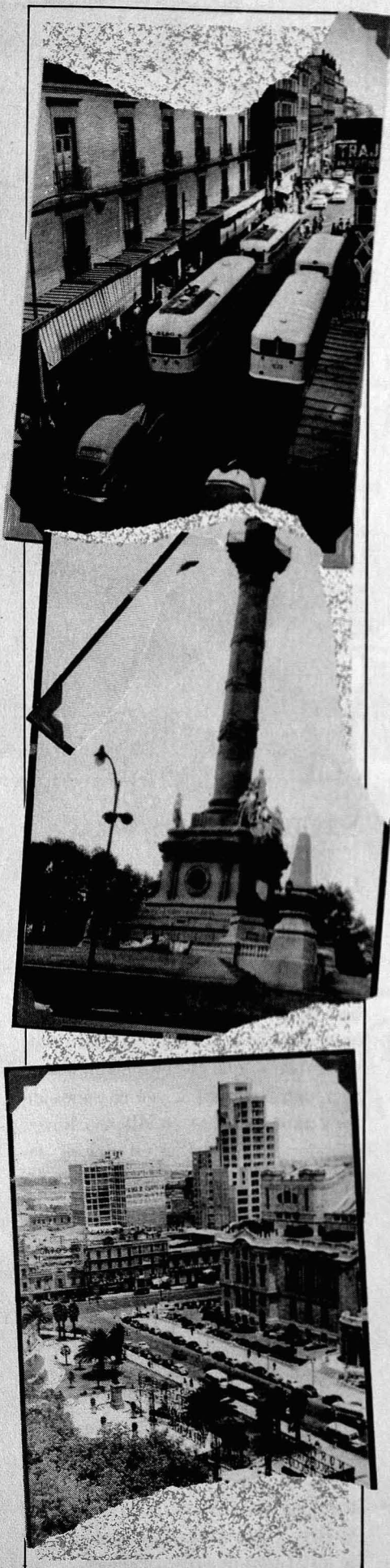
cultural encabezado por gente sin mayor trascendencia. Abreu Gómez, Monterde, Jiménez Rueda y otros que jamás pudieron contender con las personalidades de Cuesta, Novo, Villaurrutia, Pellicer, Owen y Gorostiza, para no citar sino a los más insignes. Esta batalla (habida también en la pintura) se concluyó, a mi modo de ver, con la aparición de *Pedro Páramo*, novela que aceptó lo mismo lo epopéyico del relato que un tono lírico antes ajeno a él, fundiendo, así, dos corrientes antagónicas para dar paso a otras, múltiples, que existen hoy en día.

Pero *Contemporáneos*, entendida como una literatura no comprometida salió a la larga victoriosa en tanto que su cauda fue recogida años más tarde, es verdad, pero reciamente. ¿Qué gran escritor actual no le debe a ellos una parte de su cultura? Aunque no se hable de poesía, Novo y Pellicer estuvieron presentes, dadas sus respectivas longevidades, en la literatura y, cada uno a su modo, influyó a su vez ya en el periodismo (Novo) ya en el género epistolar y el arte (Pellicer). Por su parte Paz, un año después (1951) publicó *Águila o sol*. Por entonces levantaban ardientes comentarios los estudios sobre lo mexicano, híbridos de filosofía y de narrativa literaria.

2. ¿Cómo y dónde se desarrollaba la vida cultural capitalina al comienzo de los años cincuenta?

Repito que yo estaba en España. Pero gran parte –tal vez la central– salía de *Mascarones*, nuestro bello edificio abandonado al inaugurar la Ciudad Universitaria.

Desde García Bacca y Ramón Xirau; desde Gaos, Roces, Rocafull y Nicol, la Facultad de Filosofía y Letras fue punto de unión de la cultura por aquellos años. Más jóvenes, seguidores de aquellos, O'Gorman, Justino Fernández y Francisco de la Maza fueron, quizás, los mejores representantes, respectivamente, de los estudios historiográficos y de la Historia del Arte Contemporáneo y Colonial. La literatura –he de decirlo con franqueza– se cocía más bien fuera de la Facultad aunque ya por aquellos



años despuntaron Magaña, Carballido, Rosario Castellanos, Sabines y Luisa Josefina Hernández, aunque se deba contar también a los jóvenes poetas refugiados, algunos de los cuales literariamente siguen vivos aún.

La vida de los cafés –no excelsa en México como sí en otros sitios– debió haber tenido algunas penas literarias. También en *Mascarones*, hubo golondrinas que no hicieron verano, como Pellicer mismo, cuyo nomadismo le impidió –para fortuna suya– ser un cate-drático de verdad.

3. ¿Qué recuerdos personales guarda usted de la ciudad de México de los años cincuenta?

Realmente muy hermosos. Todavía se podía retener la ciudad con ambas manos. Recuerdo que –viviendo yo en la Calzada de Tlalpan– hacía grandes caminatas hasta *Mascarones*. El recorrido no era por una ciudad, sino por llanos y aun haciendas que desaparecieron con una rapidez de pájaro. En rigor era pequeña, bella, y aún podía responder a los epítetos del Barón de Humboldt. El *Estadio* se consideraba como un bastión al sur de la ciudad, con la Escuela Benito Juárez, puntos de referencia un poquito extra-muros.

Pero salir –después de las clases vespertinas– por la Rivera de San Cosme, hasta Santa María, era un paseo un poco provinciano, con sabor, sin embargo, de ciudad. No se presentía, aún, la gran urbe. Los estudiantes íbamos al *Roxy*, comíamos tortas de pulpo en la propia Rivera y llegábamos al centro –hoy histórico– embobados con el Paseo de la Reforma, por Juárez, y por un Zócalo desértico –como ahora– ya a las diez de la noche.

Era una ciudad recogida pero recogedora de orfandades. Los teatros, no siempre al alcance de nuestros bolsillos, eran, sin embargo, de uso personal: el Arbeau, el Politeama, el Ideal con las Blanch, la Iris y la Fábregas con sus respectivos repertorios. María Tereza Montoya, la grande, tan bárbaramente olvidada. Y el cine con las figuras que para siempre nos acompañaron: Garbo, Dietrich, Davis, Montgomery Clift, Brando, Dolores del Río, Pardavé, el

Indio. Y el cúmulo de directores, desde Buñuel hasta Fellini, desde Juan Orol hasta Visconti.

El Centro era de fácil tránsito. Bares, cafés, hoteles (la mayor parte desaparecidos) dieron lugar a encuentros singulares. En lo personal, durante varios meses tomé café por las tardes, en el Hotel del Prado, con Luis Cernuda, de quien aprendí lecciones de los *western* americanos y nada de poesía. En un sitio y en otro conocí a Frida Khalo, a Orozco y al *tout le Mexique* reunido los sábados con Guadalupe Amor: Soriano, Carito y Fournier, Olivia Zúñiga, Toño Peláez, el propio Edmundo O'Gorman, sin duda uno de los grandes prestigios de nuestra actual cultura. Pero se requiere de tiempo y de talento para escribir las memorias que un escritor que se precie de serlo le debe a la ciudad de México. ♦

José Luis Cuevas

1. ¿Qué situación guardaba la pintura mexicana en el año de 1950?

Al comenzar la década de los cincuenta pensé que el arte mexicano debía renovarse. Los grandes muralistas habían entrado en una franca decadencia y en las galerías de México era difícil encontrar obras, que por su originalidad, nos sorprendieran. Se había caído en una uniformidad desesperante. Algo así como lo que está sucediendo ahora entre los grupos de jóvenes. En esa multitud de pintores y grabadores que encontraban asiento en el Frente Nacional de Artes Plásticas y la Gráfica popular, no había un solo rostro que se diferenciara. Todos los pintores marcaban el mismo paso y los pinceles se movían al son de la música que tocaban Siqueiros y Rivera. La música, tocada desafinadamente, bien podía ser *La Internacional*... Se ha hablado mucho del nacionalismo exagerado de los pintores de la época. Así era, pero no tanto, porque los afiliados al partido comunista servían más a éste que a los intereses de la patria. El nacionalismo estaba más que nada en lo que se pintaba: ínfimos cuadros folklóricos que consumían por toneladas los turistas gringos que se los llevaban a su país

como *souvenir* de viaje. Algo parecido está sucediendo con los muy disciplinados jóvenes del neo-mexicanismo.

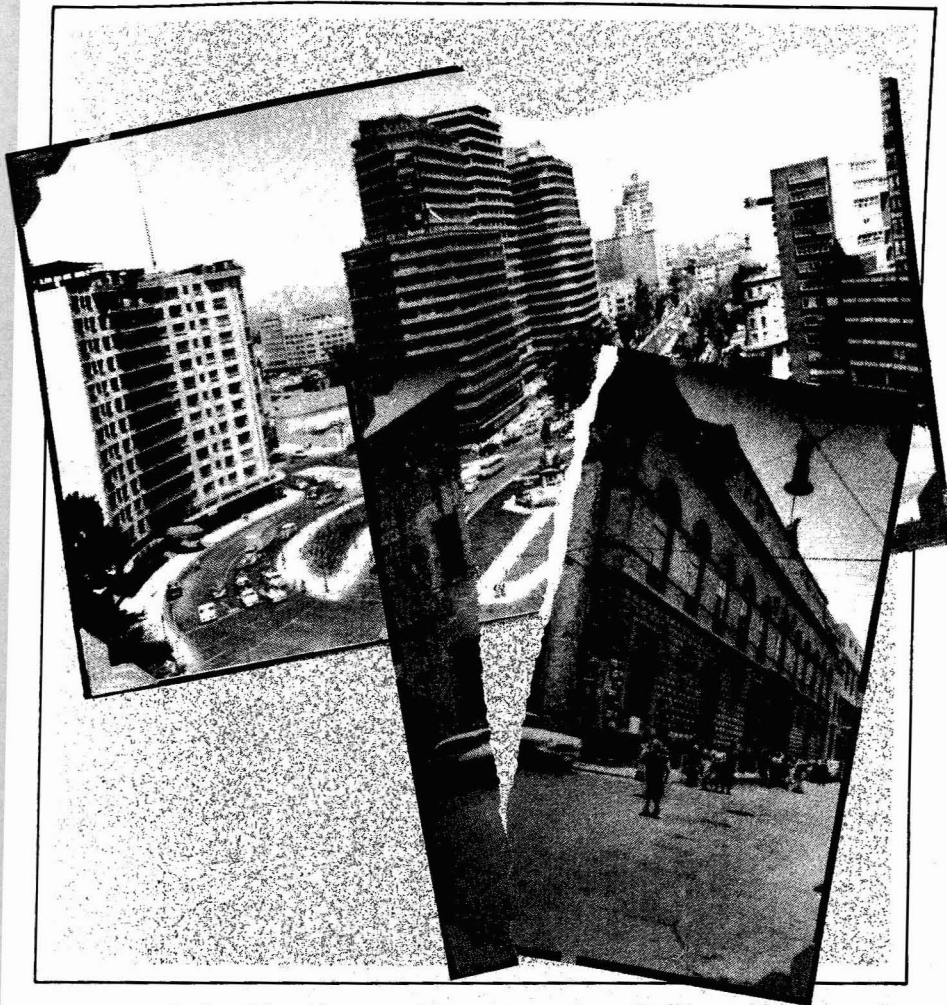
En 1953 es cuando expongo por primera vez en la galería Prisse que estaba en la calle Londres. Mi exposición atrae la atención de la crítica y ésta hubiera sido muy favorable si no aprovecho las entrevistas de prensa que se me hicieron para atacar a las academias de arte, al muralismo y a la escuela mexicana de pintura. Dos años después publicaría en *México en la Cultura*, que dirigía Fernando Benítez, mi manifiesto titulado *La cortina del Nopal*. A éste le siguieron muchos artículos en los que arremetí en contra de los santones de la pintura nacional. A Tamayo lo puse como ejemplo de independencia en un medio en el que se imponía una sola ruta para el arte nacional. Tamayo, siempre silencioso y ladino, vivía entonces en Nueva York pintando las mejores obras de su producción. Fue un pintor de primera pero muy atemorizado frente a Siqueiros y Diego Rivera. Mientras ellos vivieron nunca se atrevió a atacarlos, porque les temía. Además era natural, porque és-

tos eran espléndidos e hirientes polemistas, con un agudo sentido del humor, mientras Tamayo lo único que sabía hacer era pintar, mientras su esposa Olga se encargaba de administrar muy hábilmente el dinero que entraba por concepto de ventas de cuadros.

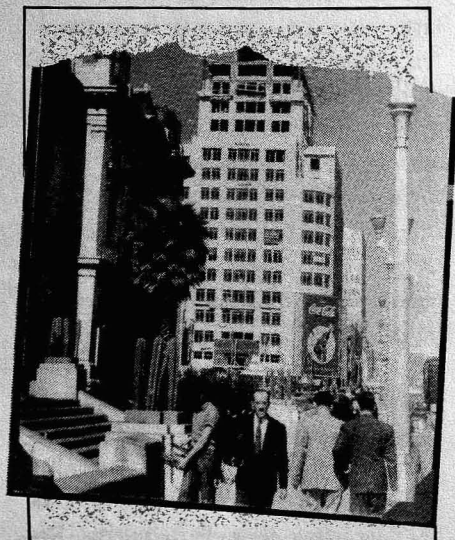
De personalidad opuesta a la de Tamayo, quien esto escribe, atacó con dureza a los monstruos sagrados, por lo que se me debe considerar como el factor principal del cambio que sufrió el arte mexicano a partir de la década de los cincuenta. Mi lucha fue unipersonal al principio; pero después se me unieron otros artistas de talento y nuestra generación sería conocida como la "de la ruptura".

2. ¿Cómo y dónde se desarrollaba la vida cultural capitalina al comienzo de la década de los cincuenta?

Los pintores mexicanistas, como ya lo dije, gastaban la mayor parte de su tiempo en asambleas del partido comunista o bien escribiendo manifiestos en contra del capitalismo y el arte purista. Re-



cuerdo que en algún momento alguien sugirió se dieran becas a pintores del país para que fueran por algún tiempo a Francia a estudiar pintura. Entonces Chávez Morado saltó y dijo que mejor se entregaran bolsas de viaje para que los jóvenes viajaran por todos los pueblos de México y así conocieran la realidad del país. Yo entonces gustaba de frecuentar el café París, donde los intelectuales españoles del exilio hacían tertulia por las tardes. Ahí conocí gente de primera y lo que oí decir me fue de gran utilidad. Mis conocimientos sobre literatura y pintura se ampliaron con esas conversaciones. Los jóvenes empezamos también a reunirnos en la emergente zona rosa, que a mí debe su nombre. Sabíamos de México, pero eso no nos impedía que leyéramos literatura extranjera y nos informáramos, a través de revistas, de lo que acontecía en París y en Nueva York. No gustábamos de la ropa folklórica, nunca en los cincuenta nuestras esposas o novias vistieron de tehuanas o tlaxcaltecas. Bertha, cuando se casó conmigo en 1961, sí se vistió con un traje típico que le prestó Rosa Covarrubias. Pero lo hice para burlarme de los folklóricos y de las folklóricas. Además en el banquete de la boda, que fue en la casa que había sido de Miguel Covarrubias, corrió mucho tequila y los mariachis tocaron... Recuerdo entre los invitados a Dolores del Río y Luis Barragán, a quienes quise mucho. Fue una boda como de película del Indio Fernández; pero lo hice con ese sentido del humor que siempre ha acompañado todos mis actos. ◇



Alicia Montoya

Mtro. Fernando Curiel Defossé
Presente.

Estimado amigo:

Ante todo, agradezco profundamente su invitación para tomar parte en la encuesta de la magnífica revista *Universidad de México*, sobre "La Ciudad de México en 1950":

He leído con sumo interés el artículo: "Poesía en voz alta", espectáculo que tuve la oportunidad de presenciar y aplaudir, así como todos los demás, escritos por grandes personalidades.

Con la sinceridad que siempre he tratado de tener, como actriz y ahora al pasar los años, como maestra, le diré lo que viví y recuerdo de esa época.

Los años 50 fueron de grandes contrastes. Se iniciaron una serie de pequeños espacios escénicos, a los que se les llamó Teatros de bolsillo: Martha Elba Fombellida fue de las primeras. El Casino del Arte en la colonia Juárez con *La Prostituta Respetuosa*. En los bajos del Cine Río, en Cuba y Palma, surgió El Caracol José de Jesús Aceves. El Globo en la calle de París, cerca del Hotel Reforma. El Teatro Arena en el Edificio de La Latinoamericana frente a la glorieta de Colón, lo acondicionaron Víctor y Tito Junco. (Yo tuve la suerte de estar en el elenco de su inauguración dirigida por Petrone). *Patrulla 21*, debut en México de José Galves, magnífico actor colombiano.

Después, la segunda obra fue *El Caso de la mujer asesinadita*, debut de Lucy Gallardo, y estuvimos casi siete meses; fue un gran éxito.

Enrique Alonso me llamó para que lo acompañara en una bella aventura los domingos por la mañana: *El Teatro del Pequeño Mundo*, hace justamente 40 años. Abrimos muchos pequeños y grandes espacios, la Sala Guimerá del Orfeo Catalá (después Teatro del Caballito), la Sala Eugenia, auditorio de un colegio. Uno pequeñito en la calle de Sullivan. El auditorio de la FSTSE convertido después en la Sala 5 de Diciembre, y se consiguieron también las matinales del Cine Versailles, hoy Diego

Rivera, la Sala Latino en los bajos del cine Latino y muchas más...

Y al mismo tiempo se hacían grandes espectáculos al aire libre: la plaza de la Iglesia de Chimalistac se abrió con la Pastorela de Enrique Alonso *El Portal de Belén*, allí, poco después, montó Alvaro Custodio, maravillosamente, *Fuenteovejuna*; *Medea* en el Convento de Tepoztlán. *Bodas de Sangre* en el Frontón Cerrado de la Ciudad Universitaria. Fue premio de escenografía, revelación como gran actriz dramática joven Rosenda Monteros (la novia), premio de 1ª actriz (la Madre) para mí, gran oportunidad que siempre agradeceré a Alvaro Custodio. *Calígula* en el Restaurante Chapultepec. *Las cosas simples* en la cafetería del Parque de la media luna. *La Celestina* en el Can-Can con Dña. Amparo Villegas.

Y en los Viejos Teatros, los tradicionales espectáculos de compañías mexicanas y extranjeras. ¿de repertorios anticuados? pero llenos de público.

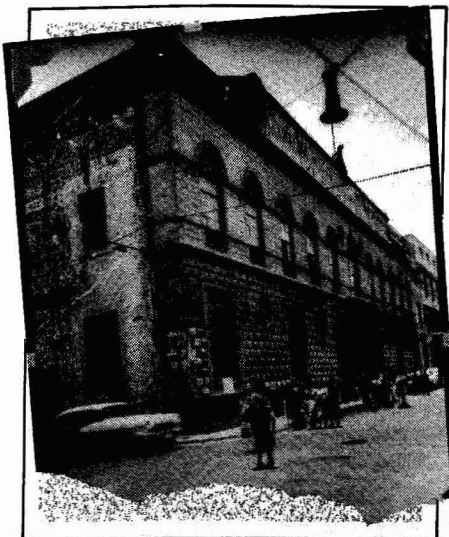
El 5 de Diciembre de 1957, La Asociación Nacional de Actores inaugura



el Teatro Jorge Negrete con María Tereza Montoya y Francisco Jambrina en la obra de Jesús Sotelo Inclán, *Malintzin*, dirigida por Ricardo Mondragón; después La Compañía de Carmen Montejó inició su temporada con la obra de Marissa Garrido, *Lo que callan las mujeres*, mexicana, y se estrenó la obra más querida para mí, *Los cuervos están de luto*, dando a conocer el joven autor Hugo Argüelles; por una gentileza de Carmen Montejó, me cedió el papel de Piedad y por una noche como ésa vale la pena ser actriz.

Amigo mío, la moneda siempre tiene dos caras. A una la llamaban despectivamente Teatro Antiguo, a la otra Teatro Moderno, innovador...

Seki Sano puso de moda a Stanislavski. Al que admiro y respeto. El fue un actor como todos los de su época autodidacta? No, se hizo en el escenario. Su primera lección para estudiantes y actores del Teatro del Arte de Moscú fue el 10 de marzo de 1911. Hay dos frases importantísimas, dichas por él en su clase de ese día: "El Teatro, es el púl-



pito más elevado para el Hombre Moderno" y "El actor que no respeta a sus antecesores, está negando sus raíces y el árbol que no tiene raíces no da fruto".

Este concepto viene de un hombre del siglo pasado. Él lo dijo en 1911, luego su técnica es de sabiduría y experiencia. ¡Bravo!

Yo, estoy hecha de la amalgama de las dos caras de la moneda. Amo y res-

peto mi pasado, hija, nieta y biznieta de actores. Trato de incorporarme al presente, siento un gran respeto por la juventud y les entrego con gran cariño mi poca sabiduría, y mi mucha experiencia. Pidiéndoles, de todo corazón, que se esfuercen para que el Teatro del mañana sea digno y sincero, sea una Profesión, no un hobby o un escaparate.

Al actor o artista, en Náhuatl, se le llamaba Toltécatl, que quiere decir: El que lleva a Dios en su corazón, y Él, habla por su boca.

Gracias, un abrazo.

Comentarios:

Seki Sano fue un terrible detractor del "Montoyismo" y yo soy, orgullosamente, hija de María Tereza Montoya.

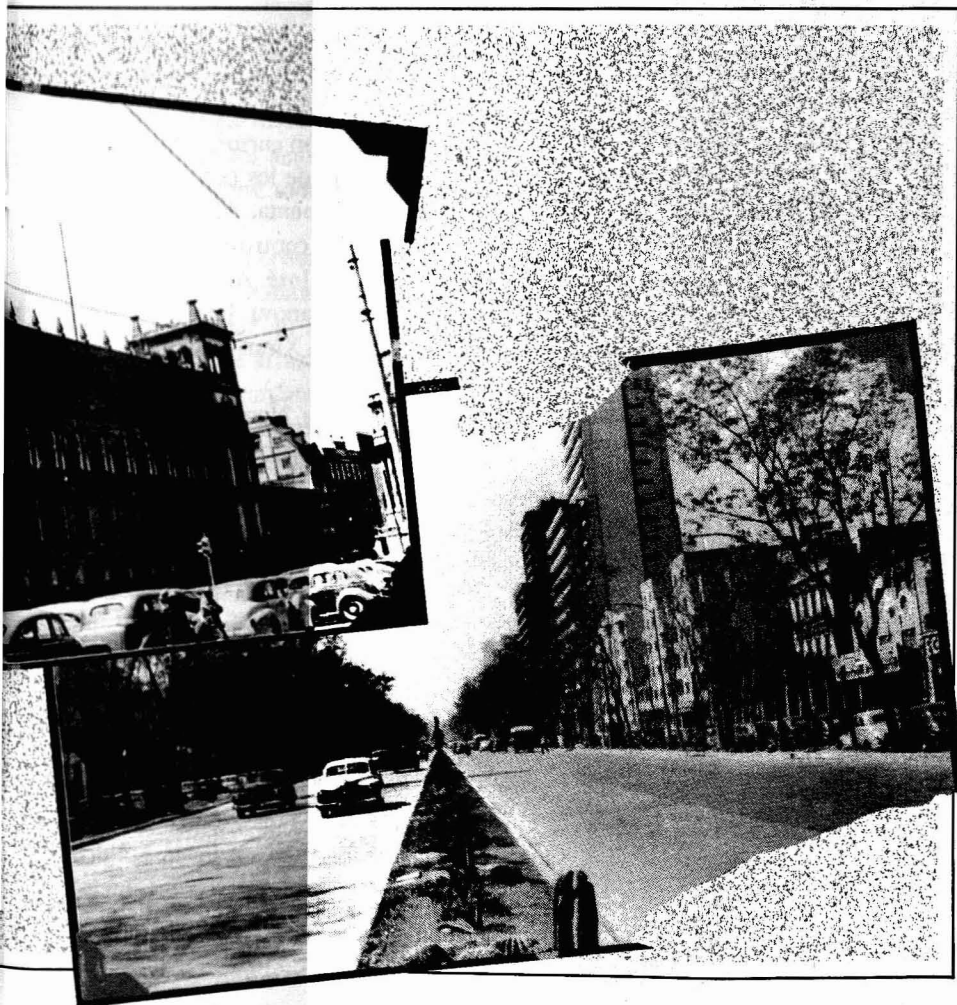
Sus ataques dieron como resultado una serie de homenajes de desagravio para La Montoya, de sus compañeros, autores, prensa y sobre todo su público. El primero fue en el Caracol el 3 de julio de 1950, con un maravilloso discurso de Celestino Gorostiza. Después fue Salvador Novo en la Sala Latino Americana. Y el periodista Isaac Rojas Rosillo, en otros teatros, y la Asociación Nacional de Actores.

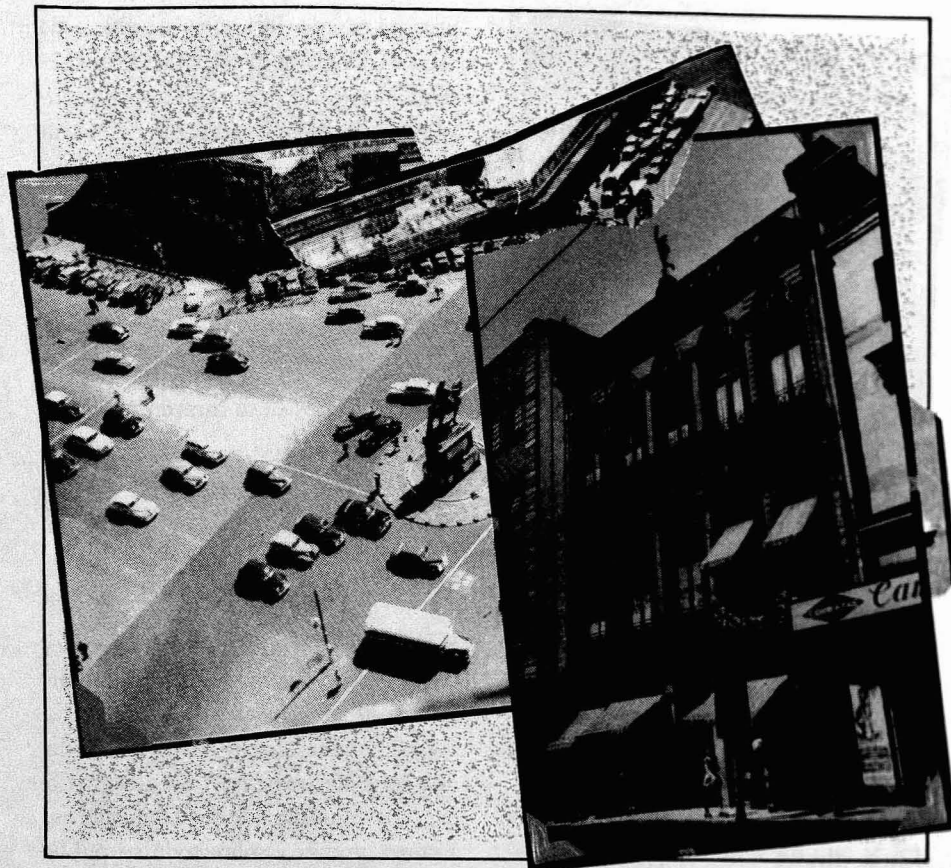
Pasó el tiempo, un día se encontraron en la boda de Rebeca Pupko en medio del salón. La Montoya le tendió la mano y él se la besó. Después de verla, en el año de 1961, en el monólogo *La muerte da un paso atrás*, en el Teatro D'Alarcón (fue la mujer del año por esa actuación).

Seki le mandó una carta, pidiéndole permitiera la entrada a sus alumnos. La Montoya se lo concedió. Durante cuatro años, en sus temporadas en el Teatro Fábregas, ella tuvo un bello gesto para los jóvenes: dos veces a la semana, martes y jueves, los estudiantes tenían entrada, sin costo alguno, con sólo mostrar su credencial; nadie ha vuelto a hacerlo.

Seki le mandó un gigantesco arreglo de flores exóticas y ambos se visitaron en el hospital cuando estuvieron enfermos.

Siempre que voy a ver a mi madre le pongo una flor a Seki Sano, sobre su frase "El Teatro es para verse". ♦





LA FILOSOFÍA Y LA CIUDAD DE MÉXICO EN 1950

Leopoldo Zea

En el año de 1950 culminaba una corriente filosófica que varios años antes había puesto en marcha Samuel Ramos, al publicar en 1934 su libro *El perfil del hombre y la cultura en México*. Trabajo recibido con hostilidad porque se consideraba nada tenía de filosófico y sí de denigrante para el mexicano. Ramos apoyaba su enfoque en varias de las expresiones de la filosofía europea de esos días, centralmente, en la obra de José Ortega y Gasset. En 1939, José Gaos en México, comentaba el libro mostrando su extraordinaria importancia. La problemática filosófica del mexicano coincidía con la problemática filosófica del filósofo español Ortega, del cual se consideraba discípulo Gaos.

En 1948, un grupo de jóvenes estudiantes de filosofía, Ricardo Guerra, Joaquín Sánchez Macgregor, Jorge Portilla, Salvador Reyes Nevares, Emilio Uranga, Fausto Vega y Luis Villoro, formaban el Grupo Filosófico Hiperión. Grupo al que quedé incorporado natu-

ralmente, siendo todos ellos alumnos míos, de Gaos y de Samuel Ramos. La primera aparición del grupo fue sobre el existencialismo francés en 1948, en el Instituto Francés de América Latina. En otoño del mismo año en una serie de conferencias en la Facultad de Filosofía y Letras, sobre filosofía contemporánea. Se iban mostrando las bases teóricas de la filosofía que iba a ponerse en marcha.

En 1949 se hacía expreso este filosofar en otra serie titulada ¿Qué es el mexicano? y así se continúa en 1950, 1951 y 1952 con otros cursos sobre el tema "El Mexicano y su cultura, el Mexicano y sus posibilidades". Luego una colección de pequeños libros bajo mi dirección llamada México y lo Mexicano, en 1952, iniciada con el trabajo de Alfonso Reyes *La X en la frente*. En las conferencias participaron los hiperiones, pero también estudiosos de la realidad mexicana y el mexicano de diversos ángulos de la cultura, incluyendo sus

críticos, en especial venidos de la sociología y la antropología. Preguntar por la identidad del mexicano, se consideraba era preguntar por algo inexistente como el Mirlo Blanco.

Esta corriente fue vista con gran simpatía por los mayores de la cultura mexicana de esos días, como Alfonso Reyes, Antonio Caso y José Vasconcelos. Varios de ellos colaboraban en sus actividades. En 1950 Octavio Paz publicó en Cuadernos Americanos su libro *El Laberinto de la Soledad*. En la colección México y lo Mexicano se publicaron diversos libros de los integrantes del Hiperión y de otros muchos más incluyendo las conferencias del filósofo inglés Arnold Toynbee, "México y el Occidente". La solitaria aventura de Samuel Ramos alcanzaba así extraordinario volumen trascendiendo las fronteras del país, en la América Latina y en la misma Europa. La Europa que está ahora también preocupada por problemas de identidad en relación con la crisis que han originado los sucesos de los últimos años.

En esos años toda esta actividad fue realizada en ese hermoso edificio de la Universidad que es Mascarones. Su Aula Magna, la José Martí, se llenaba a lo largo de las múltiples conferencias que allí se ofrecieron en cursos, como los de Invierno, a fines de los cuarenta y a lo largo de los cincuenta. Allí expusieron sus ideas sobre la controvertida filosofía José Revueltas, José Alvarado, Enrique González Casanova, Juan A. Ortega y Medina, Ramón Xirau y otros muchos más.

Neokantianos y Neotomistas formaban los grupos opositores a esta corriente. Los medios de información le dieron gran espacio. A veces relacionaban la polémica con la vida nocturna de esos días en que triunfaba la Tongolele, que se dice existencialista y mexicanista frente a la neokantiana Kalantan. La temática fue discutida ampliamente fuera del ambiente universitario, centralmente en los suplementos literarios de esos días. Las publicaciones que surgieron fueron muy solicitadas. Entre quienes las solicitaron estaba un joven político mexicano, entonces Secretario General del PRI, el licenciado Adolfo López Mateos. ♦